

# PEDRO PABLO RUBENS.



Pinacoteca de Munich.—Retrato de Rubens y de Isabel Brandt, su mujer, por Rubens.—Dibujo de Chevignard.  
SEGUNDA SERIE.—1864. AÑO XXII. 19



Hace mucho tiempo son generalmente conocidos los principales rasgos de la vida de Rubens, porque la biografía de este gran pintor, uno de los mas aventajados en su arte que nunca se han visto, y á la vez uno de los que, á causa de la dignidad de su vida, han sostenido mejor el alto puesto donde los colocaba la admiración de sus contemporáneos; mezclado como diplomático en la vida pública de su época, de lo cual su cuna y aun su especial talento debían alejarlo; llamado á tomar parte activa en ella por su instrucción, su educación, su distinguida persona y su elevado ingenio que lo igualaban con los mas egregios personajes, visitando sucesivamente la Italia, Francia, España, Holanda é Inglaterra, y granjeándose en todas partes la amistad de los soberanos y de las personas mas notables; semejante biografía, decimos, debía tentar la pluma de mas de un historiador, y bastaba que fuese exacta para que mereciera interés. Por esta razón fué escrita desde luego y repetida frecuentemente; mas, á su vez, ha aprovechado los progresos habidos actualmente en los estudios históricos, el celo y el cuidado cada vez mayores con que se buscan todos los documentos que sobre las épocas pasadas pueden suministrar alguna luz.

Muchos hechos nuevos de la vida de Rubens han sido conocidos, y otros desmentidos ó mejor explicados. Así, pues, es indispensable rectificar lo publicado por uno de sus primeros biógrafos, y repetido servilmente por los posteriores. Rubens no descendía de una familia noble de Stiria, ni su abuelo era un señor que había venido en la comitiva del emperador Carlos V y establecido con los españoles en los Países Bajos. El ilustre artista no necesitaba que realzasen el brillo de su fama, formándole falsos títulos de nobleza. Su genealogía encontrada en los archivos de Amberes, sube hasta 1350, época en que hallamos en Amberes mismo á un Arnolde Rubens, curtidor, de quien el gran pintor descendía directamente por una línea de curtidores, almaceneros y droguistas. Su abuelo ejercía esta última profesión, y su comercio fué muy próspero para que quisiese y estuviera en posición de dar á su hijo Juan Rubens, padre de nuestro artista, una educación sabia y liberal. Juan Rubens hizo en su país grandes estudios que fué á acabar en Italia. En el colegio de la Sapienza, de Roma, recibió la boria de doctor en derecho civil y canónico; á su regreso se casó, y fue nombrado en 1562 regidor de la ciudad de Amberes, cargo que ejerció hasta 1568, en cuyo año fueron decapitados en Bruselas los condes de Egmont y de Horn. Dos años hacia que los Países Bajos mantenían cruel guerra contra sus opresores políticos y religiosos, y la persecución contra las personas, que, á la manera de Juan Rubens, habían abrazado la religión reformada, se hizo tan furiosa y tan implacable, que muchísimos adoptaron el recurso de refugiarse al extranjero. La familia de Rubens se retiró á Colonia, donde permaneció como veinte años ya en esta ciudad ya en la de Siegen, que está á corta distancia. Mas ¿dónde nació Pedro Pablo Rubens? Es verosímil que vino al mundo en la última de aquellas dos ciudades, porque en 1577, año de su nacimiento, sus padres no estaban ya domiciliados en Colonia, adonde únicamente hacían cortos y raros viajes; pero tampoco es imposible según otros escritores han defendido, que haya visto la luz en Amberes á donde María Pypeling, su madre, hubiese ido á solicitar en favor de Juan Rubens el permiso de volver al país últimamente pacificado.

No obstante, hasta el día no se ha probado debidamente que María Pypeling hiciera este viaje en aquel momento, única circunstancia que podría ser decisiva en la cuestión. No es sabido de un modo mas cierto el día en que nació Rubens. Siempre se ha dicho que fué el 29 de junio de 1577, porque este es el día de San Pedro y San Pablo, nombres con que fué bautizado; pero esto no se apoya sino en una dudosa tradición.

Estos primeros hechos de la historia de Rubens han vuelto á escitar recientemente muy vivos debates. Hace pocos años, que parte de su correspondencia encontrada y publicada, dió nueva luz acerca de muchas circunstancias de su carrera diplomática, envueltas hasta entonces en la oscuridad para nosotros. Semejantes cartas, escritas entre los años de 1619 y 1640, ilustran principalmente esta parte de su vida; y no son menos interesantes en darnos á conocer las relaciones que Rubens mantenía con los personajes mas distinguidos ó mas elevados de los países que visitó. «En Holanda, dice Mr. Gachet, tenía relaciones de artista que, cuando era preciso, se convertían en relaciones políticas; pero citaremos principalmente su conexión con Baudius. En Inglaterra era el protegido del famoso Buckingham, favorito del rey Carlos I, y tenía por confidente á Baltasar Gerbier, pintor como él, é igualmente que él empleado muchas veces en misiones diplomáticas. En España se había granjeado la amistad del conde-duque de Olivares, con quien mantenía correspondencia. En Italia era su amigo el famoso Aleandro, tenido muy en estima por sus contemporáneos. Por último, en Francia, en este país en donde estaba la flor del mundo, según lo que él mismo dice, tenía por protectora á la reina María de Médicis, y por amigos á todos los sabios mas ilustres: á Nicolás Fabri de Peiresc, y á su hermano Valaves; á los Thou, tan célebres por su gloria literaria como por la gran desgracia que su nombre recuerda; á los Dupuy, sus primos, menos conocidos del vulgo, pero igualmente conocidos de los sabios; á Aubery de Maurier, el diplomático, y á Rigault el comentador; y en fin, á todos los hombres de fama que formaron en aquella época la gloria y el poder de Francia.» No debemos olvidar, en Amberes mismo, al sabio Geeverst, á quien Rubens era deudor del conocimiento de los mas de los hombres eminentes en ciencia con quienes se había él conexado, en particular en Francia.

Las cartas de Rubens nos informan poco acerca de él mismo, de su familia, y de su vida doméstica. No obstante, vemos una fechada en Amberes el 15 de julio de 1626, poco despues de la muerte de Isabel Brandt, su primera mujer, la misma que está junto á él en el cuadro del Museo de Munich, cuyo grabado publicamos; carta preciosa, porque prueba los sentimientos que nunca habían dejado de unir á ambos esposos, y desmiente los cuentos esparcidos sin ningún fundamento, según con demasiada frecuencia vemos en la biografía de los artistas ilustres. Han supuesto que Rubens no era amado por su mujer. «Acercas de este particular, dice Mr. Gachet, se ha formado una novela entera, por cuyo medio se ha pretendido explicar la repentina marcha de Van Dyck. Y despues se ha dicho que Rubens, para vengarse de su mujer, había pintado el retrato de esta en el famoso cuadro del *Racimo de uva*, que representa á San Miguel precipitando á los condenados. Han querido ver á la infeliz Isabel Brandt en el *Ultimo juicio*, que está en Dusseldorf, donde un demonio la tiene en sus garras y la lleva á los infiernos,



mientras que Elena Fourment, la segunda mujer de Rubens, está colocada en el paraíso. Tales son las suposiciones que repiten los curiosos, los cuales las convierten en artículo de fé. Pero todas estas aseveraciones se hallan destruidas por la carta en que Rubens expresa su pesar con el acento de un dolor muy verdadero y de sentimientos de gran elevación. —Haceis bien, escribe á Pedro Dupuy, en recordarme la necesidad del destino, que nada concede á nuestra aflicción, y como es un efecto del poder Omnipotente, no tiene que darnos cuenta de sus disposiciones. A él le corresponde ejercer sobre todas las cosas un poder absoluto, á nosotros el servir y obedecer; y creo que lo único que podemos es hacer honroso este servicio y menos duro con una sumisión voluntaria; pero semejante deber no me parece en la actualidad ni fácil ni ligero. Vuestra prudencia me dice que cuente con el tiempo; espero que este hará en mí lo que la razón debería hacer, pues no pretendo llegar nunca á la impassibilidad estoica. No creo que nada de lo que conmueve al hombre justamente convenga poco al hombre, ni que todas las cosas en este mundo sean indiferentes del mismo modo; *sed aliqua esse que potius sint extra vitæ quam cum virtutibus*; (pero que hay algunas que no se pueden imputar á faltas aunque no se cuenten por virtudes), y que existen en nuestra alma ciertos sentimientos *citra reprehensionem*, (á que no alcanza la censura). A la verdad, he perdido una excelente compañera, á quien yo podía, ó mas bien á quien debía amar con razón, porque no tenía ninguna de las faltas de su sexo: ningún capricho, ninguna debilidad de mujer; estaba llena de bondad y de decoro, querida de todos durante su vida por sus virtudes, y llorada universalmente despues de su fallecimiento. Semejante pérdida me parece muy digna de ser vivamente sentida. Si el verdadero remedio de todos los males es el olvido que el tiempo produce, sin duda se debe esperar su auxilio; pero hallo muy difícil separar el dolor que esta pérdida me causa del recuerdo de una persona á quien debo reverenciar y honrar toda mi vida.»

El retrato de la Pinacoteca de Munich, donde Rubens se pintó á sí mismo junto á su mujer, no es el único que hizo de Isabel Brandt. Hay de esta otros muchos en Munich en la misma galería, en el Haya, en Gante, en Florencia y en algunas colecciones de Inglaterra. Hizo tambien muchos retratos de Elena Fourment, su segunda mujer, con quien se casó en 1630 á la edad de cincuenta y tres años; y no solamente hay de esta muchos retratos, sino que hallamos su rostro en varias pinturas. Unicamente tenía diez y seis años en la época de su casamiento, y siendo superior en hermosura á Isabel Brandt, y dotada de las mismas virtudes, no fué menos cariñosamente querida por Rubens, á quien consoló en sus últimos años.

En la capilla funeral que la viuda del gran pintor hizo construir detrás del coro de la iglesia de Santiago, en Amberes, vemos sobre el sepulcro que contiene los restos de aquel, un cuadro que es una de las mas admirables producciones de su pincel, y que representa á la Virgen y al Niño acompañados con muchos santos, en los que la tradición afirma, no sin verosimilitud, que deben reconocerse los diferentes individuos de la familia de Rubens. Este mismo se halla pintado bajo la forma de San Jorge, y en las figuras de Marta y de María colocadas junto á él encontramos los conocidos semblantes de Isabel Brandt y de Elena Fourment.

## DON BERNARDINO DE OBREGON.

(TRADICION MADRILEÑA.)

(Conclusion.)

### III.

Si las pasiones de que somos mísero juguete conservasen por largo espacio el ímpetu con que en su primer período trastornan nuestro entendimiento, la vida sería un infierno. Empero, gracias al Supremo origen de todo bien, la suave y pausada mano del tiempo endulza la amargura de las pérdidas mas dolorosas; á medida que en el alma ruge deshecha tormenta se vislumbran serenos horizontes y á la posesión sigue el hastío; así fué que obedeciendo don Bernardino á esta sábia ley moral, aun no habia pasado un año en la risueña quinta de su propiedad situada en las márgenes del Turia, donde llegó con doña Aurora pocos días despues de la fatal noche en que fué descubierta su criminal correspondencia, cuando ya le parecia pesado yugo el lazo que en otro tiempo juzgaba, á través del prisma de su ardiente imaginación, tejido por los amores para solaz de su vida entera. Aquella mujer, tesoro de hermosura, era ya para él enojosa rémora á su albedrío, y suspiraba en silencio por trocar los floridos campos de la huerta de Valencia, en que se consumía su actividad, y el delicioso aroma del ámbar y algalia que respiraba á su lado por las cenagosas calles de la corte ó el humo de la pólvora en los combates. Perdido el apetito y devorado de tedio pasaba los días sin que acertase á romper el torpe encanto de sus potencias, pues aunque varias veces trató de formular una despedida, al ver tanta belleza y tanto amor en la fascinadora sirena que le esclavizaba, la incertidumbre selló su labio. Resuelto al fin á romper por todo y no acostumbrado á señalar coto á su voluntad, levantóse un día de mañana, y poniendo un billete dirigido á doña Aurora en sitio donde pudiese ésta encontrarle, por el que la dejaba libre para disponer de su persona y la participaba su firme resolución de cortar desde aquel punto toda clase de relaciones entre ambos, á pretexto de ser demasiado añejas, salió de la quinta acompañado del criado bajo escusa de asistir á una cercana cacería, y dando espuelas al caballo tomó el camino de Madrid con tal apesuramiento que ni aun volvió atrás la cabeza hasta confundir su persona en la moderna corte de las Españas.

Libre y feliz volvió á su antigua vida de aventuras y galanteos, sin dársele un bledo de la Ariadna abandonada en las orillas del Guadalaviar, de la cual solo supo habia desalojado la quinta á poco de su partida sin comunicar á nadie los proyectos que pudiese abrigar para lo sucesivo. Mucho agradó á nuestro caballero verse libre de las molestas importunidades de la dama, que á vuelta de quejas y requerimientos esperaba viniese á pedirle cuenta de su honor perdido, y como ni una carta siquiera llegó á recordarle aquellas obligaciones, dulces y alegres cuando Dios quería, creció con esto su dichosa calma, hasta que un suceso harto grave vino á alterarla del modo que menos pudiera imaginarse.

A cosa de la media noche volvía don Bernardino (no ha podido averiguarse de dónde) por el paseo de los Olmos,



sito entre el Olivar y los Cañizares (1), á tiempo que fué sorprendido por seis enmascarados, que arrojándose sobre él de improviso, le sujetaron en términos que ni aun tiempo tuvo para pensar en defenderse. Viendo imposible toda resistencia, y creyendo salir del paso dejando en manos de aquellos salteadores la bolsa y demás prendas de valor que llevaba consigo, se resignó con su mala suerte como varon prudente permitiendo le atasen los brazos y vendasen los ojos, sin dar mas cuenta de su persona que si en estatua se hubiera convertido. Pero el lance empezó á entrarle en cuidado cuando terminados estos preparativos sintió herir su garganta la punta de un buido puñal, al mismo tiempo que una voz imperiosa le ordenaba dejarse conducir sin resistencia y en silencio, si no quería que el mas leve suspiro fuese el último de su vida. Obedeciendo á la imperiosa ley de la fuerza, dióse por enterado el caballero, resuelto á no quebrantar tan riguroso mandato, y así caminó algunos minutos, siempre con el cuchillo al cuello y escoltado cuidadosamente, hasta que por lo sonoro de los pasos y húmedo y caliente del aire conoció habían llegado á un paraje cubierto y subterráneo donde hicieron alto. Apenas detuvieron su marcha sintió don Bernardino que con una cadena le ceñían apretadamente el cuerpo, á modo de cinturón, cerrándola con un candado y afianzando el un cabo á la pared en alguna argolla que sin duda prevenida estaba. Con esto y sustituir á las cuerdas que oprimían sus brazos dos esposas de hierro que le estorbasen el uso de las manos, fuele quitada la venda que cubría su vista, quedando en aptitud de examinar á su placer las personas que le rodeaban y la estancia que le daba tan rudo albergue.

Era esta una pieza circular de bastante estension, sólidamente construida de fábrica de ladrillo: apoyados á sus muros se hallaban algunos asientos de piedra, sobre los que se veían fijos en la pared como á la altura de una vara, otros tantos agarraderos, destinados sin duda á sujetar las prisiones de los infelices ahorrados en aquella mazmorra, de la cual partían cuatro galerías en opuestas direcciones, cuyo término se perdía en la oscuridad. A la macilenta luz de un farol de vidrios turbios y mezuquinos que del techo colgaba, mas adecuado con sus vacilantes resplandores para hacer palpable la oscuridad que para iluminar el espacio, reconoció Obregon estos pormenores y por ellos no le quedó duda se hallaba en una de las minas subterráneas tan comunes á la sazón en todo lugar fortificado ó espuesto á invasiones repentinas, las que ya servían para proporcionar salida á la guarnición apurada, ya como almacenes de vituallas y aprestos de guerra, ó bien para la guarda de tesoros y depósito de prisioneros de cuenta. El cambio que sufrió el arte de la guerra con el descubrimiento de la pólvora hizo abandonar como inútiles tales construcciones, pero aun existían muchas, y en Madrid, como punto fronterizo por mucho tiempo, las habia de asombrosa estension y solidez extraordinaria, segun atestiguan documentos irrecusables, que en parte hemos podido comprobar registrando algunas de ellas abiertas á la luz en los cimientos de nuevos edificios (2). De este abandono sucesivo vino á re-

sultar que sirviesen de guarida segura á ladrones y gentes de mal vivir, que á favor del olvido y desuso de estos antros, tenían en ellos sitio á propósito donde secuestrar las personas y poner á cubierto el fruto de sus rapinas, si bien la justicia no se descuidaba en cegarlos cuando le era posible dar con ellos.

Observados tan minuciosamente como le fué posible los pormenores de su prision, en vano trató nuestro caballero de hacer lo mismo con sus guardadores, pues todos ellos conservaban puesto el antifaz, y en el rostro del único que permanecía desenmascarado, no pudo encontrar, por mas que fatigó su memoria, rasgo alguno que le recordase su fisonomía, ni la circunstancia fatal, causa ó pretexto, para un proceder tan violento. Por otra parte, las facciones del desconocido respiraban nobleza y dignidad, su traje era severo y bien cortado, en sus ademanes se traslucía la costumbre del mando, todos obedecían sus insinuaciones; mas si era hombre de elevados sentimientos, ansioso de vengar una injuria ¿cómo desdénando los medios que el honor prescribe observaba una conducta traidora á que no hubieran apelado ni aun los bandidos menos celosos de su propia dignidad? Y si hacia profesion del robo ¿por qué aprisionar á su victima de tal manera sin proponerle condiciones de rescate ó aligerar su bolsa desde luego? Incierto entre este tropel de ideas, determinó Obregon esperar con ánimo sereno el desenlace de aquella escena, que no podia hallarse lejano, ordenando su conducta segun los acontecimientos lo requiriesen.

Sentado tranquilamente en la piedra colocada al alcance de su cadena, afectando en el semblante un soberano desprecio hacia los que le rodeaban, vió á estos retirarse á una seña del misterioso jefe, que, dando algunos pasos hacia él, le interrogó en esta forma:

—¿Sabeis quién soy?

—A juzgar por lo que veo, contestó con indiferencia Obregon, debeis ser capitán de alguna de las cuadrillas de bandoleros que infestan los alrededores de Madrid. Y en verdad que teniendo presente vuestro oficio no extraño nada de lo ocurrido. A un hombre honrado le diria que habia procedido infamemente, pero á un ruñan es otra cosa; ahora os toca á vos, mañana yo os haré colgar de una horca y ambos habremos cumplido como quien somos. Conque así hablad pronto, poned precio á mi libertad sin quedar corto en la demanda, pues debo advertiros que soy persona de calidad y muy abonado para satisfacer vuestra sed de rapina.

—¡Asesino de mi padre! ¡seductor infame de mi hermana! don Carlos de Sandoval es el que estas viendo delante de tí. Tu impura sangre derramada gota á gota no seria suficiente á satisfacer la sed de venganza que me abrasa si no te destinara á borrar el baldon de impureza con que has manchado el limpio escudo de mi linaje. De este subterráneo has de salir casado con doña Aurora ó en él se ha de cavar tu sepultura: escoge. No tengo mas que decirte.

—Es lo bastante para demostrar el excesivo interés frater-

las modernas casas quedó al descubierto otra construccion de igual género con cinco ó seis ramales en varias direcciones. En la antigua calle de la Inquisicion (ahora de Isabel la Católica) esquina á la de la Flor Baja, el edificio anterior al actual, señalado con el número 12, tenia otras comunicaciones por el mismo orden. Podriamos citar muchas mas y dar de ellas estensos pormenores si fuese este nuestro objeto.

(1) Calles que en la actualidad llevan estos nombres respectivamente.

(2) La calle de las Minas toma su nombre de tres dilatadísimas escavaciones de esta clase. En la plazuela de Santo Domingo, frente á la cuesta del mismo título, al edificar una de



nal que te anima, repuso el capitán sin dejar su aire indolente: conducta mas propia de manifestarle un caballero hubiera sido salir al encuentro á su enemigo, y con la punta de la espada exigirle una reparacion; pero olvido que dar reglas de pundonor á un individuo de tu familia, es empeño tan inútil como el de aquellos perros de quien cuenta Plinio que se entretenían en ladrar á la luna. Ahora que te conozco puedo decirte lo mismo que cuando me eras desconocido: para un infame como tú no está mal combinado el negocio: solo has olvidado una cosa importante que dará por tierra con tus proyectos: ten presente que don Bernardino de Obregon es de pensamientos muy altivos para elevar al rango de esposa á la que, aun casada con otro, ha sido su mancha: para tales mujeres solo un convento donde espiar con la penitencia sus pasados errores, debe servir de asilo. Si doña Aurora adopta tan piadosa determinacion, ven á mí, que para entonces me ofrezco á dotarla de una manera proporcionada á mi hidalguía.

Demudado por la cólera al escuchar aquella serie de insultos dichos con tanta sangre fría, el joven Sandoval tuvo impulsos de arrojarle sobre su enemigo, castigando de una manera terrible audacia tan inaudita; pero al verle impávido ante su amenazante actitud, encadenado é indefenso á su disposicion, avergonzose de esta idea y malcontentiéndose la ira que le ahogaba, prorumpió entre si con voz trémula:

—No; eso sería quitar su oficio al verdugo.

Después dirigiéndose á don Bernardino,

—La triste situacion en que te hallas, dijo, hace que desprecie tu procelaz lenguaje; por otra parte, necesito que vivas. Mas dime, ¿si aun conserva tu pecho algun resto de sentimientos generosos cómo no se sublevar al reprochar á la desgraciada víctima de tus arteras seducciones los deslices cometidos á consecuencia de ellas? ¿cómo tu villana lengua no queda pegada al paladar antes de proferir tan groseros insultos contra la infeliz mujer que solo por tu amor dejó de ser honrada y dichosa? Calla, en obsequio tuyo, porque trastorna la razon oír al lobo carnívoro denostar á la incauta oveja presa de su brutal apetito.

—Seguramente, contestó el aprisionado caballero, que mi conducta en este asunto no ha sido nada ejemplar, con respecto á los deberes de cristiano; pero sin la criminal imprudencia de doña Aurora, que no tuvo reparo en poner frente á frente y en abierta liza á su esposo y á mí, aun á riesgo de aventurar la vida de entrambos á trueque de salir ella libre del mal paso en que la habia colocado su condicion andariega y amiga de ser vista; sin su intencionada y provocativa carta, bajo pretexto de darme gracias por haber hecho morder el polvo de una estocada á su marido, y sin su escesa facilidad en admitir mis requerimientos, ninguno de los tristes sucesos que lamento hubieran ocurrido: de consiguiente, segun el mundo juzga en tales casos, no encontrará culpa que echarme en cara; solo hay en todo esto un hombre en estremo galante y una mujer desenvuelta y liviana á quien debo apreciar en lo poco que vale.

—Algunos dias de reflexion á solas traerán consigo el arrepentimiento modificando ese parecer, contestó Sandoval. Entretanto, como eres mi huésped y debo ocurrir á tus necesidades, voy á dar orden te provean del pan moreno y agua cristalina que ha de ser tu alimento diario hasta que vengas á mejor acuerdo. En cuanto á cama si vuelves la vista hácia tu diestra observarás unas cuantas brazadas de

paja que he tenido la precaucion de mandar estender esperando tu venida; en verdad no es un lecho de los mas regados, pero en tí consiste cambiarle por otro mejor. Debo tambien advertirte, y no lo olvides, pues ganará tu tranquilidad en tenerlo presente, que será en vano trates de emplear el soborno con ninguno de los que andan á tu alrededor, pues son judaizantes, yo soy familiar del Santo Oficio, y los unen conmigo tales lazos que cada uno sabe muy bien lo mucho que le importa mantenerse á mi devocion para no terminar en la hoguera.

—Y no olvides por tu parte, añadió Obregon, levantando la voz cuando ya don Carlos desaparecia por uno de los oscuros pasadizos, que solo á Dios debo el arrepentimiento, y que los mayores tormentos no serán bastantes á doblegar mi voluntad ni hacerme cometer una baja.

Abandonado de todo auxilio humano pasaba el tiempo don Bernardino sin poder contar las horas trascurridas en su lóbrega prision despues del diálogo referido: era horrible la uniformidad de aquella existencia, solo alterada por la vista del mudo y encubierto carcelero que acudia á suministrarle el parco alimento que le sustentaba. Los frecuentes insomnios, el desabrigo, el abatimiento al no columbrar rayo alguno de esperanza, el despecho natural considerándose á merced de la férrea mano que le sujetaba, hacian hervir la sangre del arrogante caballero que sentia estraviar su juicio y vacilar su entendimiento á impulso de tantas y tan penosas emociones. Por fin, un malestar general, vértigos, zumbidos de oidos, dolores vagos de cabeza, calofrios y acelerados latidos del pulso, anunciaron la invasion instantánea de una violenta calentura. El desgraciado enfermo, presa de alucinaciones espantosas, se creia perseguido por entes fantásticos: las víctimas sacrificadas en aras del falso pundonor, las engañadas por sus traidores halagos y promesas, se agitaban en tropel alrededor suyo, unos mostrándole sus asquerosas heridas, otras procurando hacerle objeto de sus repugnantes caricias, y al querer huir de semejantes apariciones, detenido por la cadena, se golpeaba contra el muro del subterráneo lanzando gritos de dolor y espanto. Otras veces eran risueñas praderas, floridos jardines, frescos manantiales los que se presentaban á su imaginacion, que excitada por el ardor febril, le hacia experimentar el suplicio de Tántalo con tan bellos espectáculos, al verlos desvanecerse sin poder refrigerar en ellos el fuego que le devoraba.

En uno de sus cortos y lúcidos intervalos, creyó que su frente iba á estallar á fuerza de sufrimiento como oprimida con un círculo de hierro, y al sentir aflojarse todos los resortes de su organismo, exclamó: —¡Oh Dios mio, cuán terrible es vuestra justicia!— cayendo trastornado sobre las pajas de su lecho.

Cuando volvió en sí Obregon, á beneficio de un sudor copioso, halló á su lado una mujer de edad madura que descubierta el semblante y fija la mirada en su rostro, procuraba con mano caritativa endulzar los padecimientos que le aquejaban. Creyéndose aun bajo la influencia de las estranas visiones que tanto le habian atormentado, cerró los ojos para no ver esta nueva fantasmagoría que su perverso espíritu iba á presentarle; pero al sentir á la oficiosa enfermera despojarse del manto y abrigarle con él cuidadosamente, á fin de favorecer la reaccion que empezaba á verificarse, dió crédito á sus sentidos convenciéndose que



era real y efectivo el dulce bienestar que experimentaba y cuanto le acontecía en aquel momento. Escitada su admiración al verse objeto de tan humano tratamiento, no acababa de persuadirse de la sinceridad de aquella solicitud en favor suyo, y creía iba envuelta en ella la idea de prolongar su existencia solo por ser esta conveniente á los planes de sus perseguidores; así que dominado por este pensamiento volvió el semblante hacia la compasiva mujer, y despues de examinarla en silencio, dijo con voz debilitada:

—¿Qué venís á hacer en este sitio? si es acaso á poner en práctica algun nuevo martirio contra mí, dejad ese cargo á los que tan bien lo han desempeñado hasta ahora, porque es impropio de vuestro sexo.

—Vengo á daros la salud y despues la libertad, contestó la enfermera.

Incorporóse el caballero con cuanta ligereza le permitian sus fuerzas, y mirando de nuevo á su interlocutora con ojos extraviados, prorumpió:

—¿Vos; la libertad decís! ¡por piedad, no queráis tornarme á la locura! ¿quién sois para otorgarme tan inapreciable beneficio?

—Soy una madre que os debe la vida de su hijo, con eso está dicho todo. ¿Os acordais del 25 de marzo hace cuatro años?

—Por entonces me hallaba yo en Burgos, mi patria. Ahora recuerdo confusamente cierto lance que me ocurrió en aquella época con unos ladrones que maltrataban á un muchacho; mas no puedo fijar mis ideas ¡tengo la cabeza tan débil!

—Pues bebed este ligero cocimiento de agua acidulada y prestadme atencion, que yo os ayudaré á recordar, porque conviene á vuestro sosiego é intereses conocer perfectamente la situacion en que os hallais y mis proyectos ulteriores.

Acomodado el caballero de la mejor manera posible, su excelente protectora habló en estos términos:

—Mi nombre es Sarah y pertenezco á una familia israelita establecida en Castilla, que á pesar de la cruel persecucion de los Reyes Católicos, ha conservado pura la religion de sus abuelos. Teniendo que cobrar una cantidad algo considerable en el monasterio de las Huelgas, situado como sabeis, á poco mas de un cuarto de legua de la ciudad de Burgos, determinamos mi esposo y yo mandar por ella á nuestro hijo Abel, niño de catorce años. De vuelta de cumplir su mision, fué acometido por tres facinerosos, que despues de haberle maltratado horriblemente, se disponian á despojarle de cuanto llevaba. A este tiempo llegásteis vos acompañado de un criado, y no pudiendo tolerar, á fuer de generoso, que ante vuestra presencia se cometiese tal desman, os pusisteis de parte del débil.—Es un judío, gritaban los salteadores, y tenemos jurado el esterminio de esta raza infiel.—Afuera, soez y fementida canalla, ladrones sois que no esterminadores de infieles,—les contestábais azotándoles con el látigo de vuestro caballo y acosándolos tan briosamente que tuvieron á gran ventura poder abandonar el campo sin dar cima á su criminal intento. Entonces, señor, recogisteis á mi querido hijo que yacia en tierra malparado, y colocándole sobre el arzon, le condujisteis hasta depositarle en mis brazos, entregando á mi esposo al mismo tiempo la malhadada bolsa origen de aquella desgracia. Yo á la sazón no sabiendo como agradeceros tanto bien, os entregué una preciosa miniatura de la Virgen María, prenda que de tiem-

po antiguo se conservaba en mi familia, quizá empenada por algun cristiano á quien no le fué posible rescatarla. Admitido por vos este recuerdo de mi gratitud, seguisteis vuestro camino dejándome ignorar el nombre y circunstancias del sugeto benéfico á quien hubiera deseado consagrar mi vida entera. Largos años pasaron y mi esposo falleció en su traseurso, viniendo yo con mi hijo á residir en la corte al lado de mis hermanos, alegre con la esperanza de encontrar tal vez en ella al autor de mi ventura, cuya memoria ni un solo punto se me borraba del pensamiento. Así las cosas, fui encargada por los que os persiguen, alarmados del grave mal que os aquejaba, de asistirlos en él, pues tengo fama de entendida en medicina, cualidad no rara en las mujeres hebreas. ¡Ah, señor! ¿cómo podré pintaros la dulce y al mismo tiempo dolorosa sorpresa que experimenté al descubrir en medio de las inquietudes del delirio, colgado á vuestro cuello el medallón donado al salvador de mi querido Abel? No habia duda: aquellas eran las nobles facciones de su incógnito defensor aunque desfiguradas por la enfermedad; allí estaba doliente, encadenado, y mi deber era salvarle. El vacilar tan solo era un delito. No sé cómo os llamais ni por qué estais aquí; sois un enemigo de mi ley, de mi raza, de todos los mios, pero habeis conservado la vida á mi hijo y nada mas necesito saber. Ahora escuchad los medios mas sencillos y á propósito para conseguir veros libre.

Estamos bajo la antigua Judería de Madrid: las dos principales galerías de este subterráneo comunican una con la grande aljama ó sinagoga, hoy destruida, y establecida antiguamente en la que ahora ha titulado el ayuntamiento calle de la Fé, otra con el Barranco de los Espinos (1). Yo os guiaré por esta última despues de rotos los hierros con que estais aherrado, y si teneis valor para atravesar el torrente, el aire no será mas libre que vos. Conducido á feliz término, espero de vuestra noble condicion no olvidareis proteger á esta débil mujer que sin defensa alguna queda hecha el blanco de las iras de todo su pueblo y de vuestros enconados enemigos, á quienes habrá arrebatado su presa; así como tambien os ruego modereis en obsequio mio los planes de venganza que sin duda tratareis de llevar á cabo contra los individuos de mi familia.

—Sarah, contestó el caballero, veo en tí un instrumento de la bondad divina que quiere recompensarme una pequeña buena obra con un gran beneficio. Fuera yo de aquí el protegerte será muy fácil, y tu familia nada tendrá que temer.

Algunos dias bastaron para que don Bernardino recobrase la salud, gracias á su robusta organizacion ayudada por los desvelos de la inteligente judía: un buen método primero y una excelente alimentacion despues, y sobre todo el bálsamo consolador de la esperanza, completaron el restablecimiento, á tal punto, que viéndole Sarah en el goce completo de sus fuerzas, creyó llegado el caso de realizar la proyectada fuga.

(1) Actual Barranco de Embajadores. A este sitio, del cual solo vestigios se conservan, afluan la mayor parte de los arroyos y aguas sobrantes de los numerosos caños de la parte del Sur de Madrid, que unidos á las muchas pluviales que vertian en él á causa de su posicion, formaban casi todo el año una corriente ancha y profunda. La inmediata calle del Espino tomó su nombre de uno de estos arbustos que permaneció allí por largo tiempo despues de arrancados los infinitos que cubrian aquel terreno agreste y lleno de maleza.



Provistos de las herramientas necesarias al intento, aplicáronse ambos activamente á limar las prisiones del recluso, y con tan buen ánimo desempeñaron su tarea, que á poco tiempo cayeron deshechas á los pies del capitán que erguido, amenazante, saltó en mitad del cuarto con la agilidad de una pantera, como buscando un objeto en que ejercitar sus recobrados movimientos embargados por tan largo tiempo.

—Ea, pues, le dijo la animosa israelita encendiendo una antorcha y entregándole una daga que oculta llevaba, ocasión se os presenta de hacer alarde de corazón esforzado, la oscuridad de la noche nos ayuda, seguidme y terminaremos la comenzada empresa.

Y esto dicho, entróse resueltamente por la estrecha galería, dando ejemplo al libertado preso que en pos de ella caminaba.

Densas tinieblas encapotaban el húmedo y largo tránsito, y apenas la luz que alumbraba á los dos fugitivos conseguía disiparlas en un corto círculo á su alrededor; una atmósfera pesada y fétida enloquecía la respiración; espesas yerbas parásitas y trepadoras, formaban en ciertos parajes apretadas redes que les cerraban el camino, y en otros ceñían sus miembros como culebras invisibles; la abundante vegetación subterránea acumulada allí por espacio de muchos años hacía resbalar su planta al huir del atolondrado aleteo de las aves nocturnas que turbadas en su profundo sosiego lanzaban chillidos estridentes viniendo con su ala fría y grasienta á herir el rostro de aquellos inusitados invasores. Por fin, luchando constantemente vencieron todos los obstáculos y el aire exterior vino á refrigerar su fatigado pecho en la salida de la galería, obstruida completamente por revueltos matorrales.

Se abría ésta en la vertiente derecha del Barranco de los Espinos en un derrumbadero liso y cortado perpendicularmente, como á cuarenta pies de su fondo: un antepecho de piedra colocado en la parte baja de la abertura, indicaba que en otro tiempo había servido para fijar un puente levadizo que diese paso á la ribera opuesta, pero en la actualidad no quedaba otro recurso que arrojarle al torrente y ganar á nado la escarpada orilla.

Traspuesta la maleza que le embarazaba el paso, á golpe de vista conoció don Bernardino todas estas dificultades, y á pesar de ellas oprimiendo contra su corazón la imagen de la Reina de los afligidos se preparó desde luego á dar tan aventurado salto.

—Adios, dijo á Sarah, ya ves el peligro en que voy á ponerme; si perezo en él, te pido como último servicio, pues ya sabes mi nombre, lèves á mis parientes la noticia de mi muerte, á fin de que me den cristiana sepultura y celebren sufragios por mi alma. Házlo así que ellos serán tus protectores.

—Que el Dios que libró á Daniel del foso de los leones sea contigo contestó la hebrea inundada en lágrimas.

Apenas pronunciadas estas palabras, el caballero se lanzó en el espacio y al punto mismo su cuerpo hendió las turbulentas aguas que se cerraron sobre él como la losa de un sepulcro, si bien á corta distancia se le vió aparecer en la superficie reluchando con la revuelta corriente, y asiéndose á las espinosas raíces que en la margen crecían, trepar por ella hasta ganar la cumbre y allí esclamar con esforzado aliento:

—¡Ah, traidor don Carlos de Sandoval, poco será para satisfacer mi saña arrancarte la vida en justo desagravio de las afrentas que te debo!

En el cuadro siguiente veremos si la Providencia permitió se cumpliese el criminal deseo manifestado por Obregon al encontrarse libre.

#### IV.

Donde actualmente se encuentra la calle de Cenicero, se hallaba situado en la época que vamos recorriendo el famoso paseo de la Redondilla, punto de reunión de lo mas granado de la población madrileña. Allí acudía tambien el severo Felipe II á solazarse entre sus cortesanos, deponiendo á veces su grave rigidez, hasta el punto de repartir por su mano á las damas concurrentes sabrosos dulces y preciadas golosinas, que nunca fué adusto en su trato particular con el sexo hermoso el potente monarca cuyo airado ceño infundía mas pavor en Europa que el fruncimiento de cejas del Júpiter de Homero en el Olimpo.

Este privilegiado sitio escogió don Bernardino de Obregon para dar principio á los proyectos de venganza de que hemos visto se hallaba animado. No le bastaba matar á su contrario, queria deshonrarle, afrentarle públicamente de una manera solemne y escandalosa antes de darle muerte, y para esto ningún paraje mas á propósito que el antedicho, averiguada la hora que en él había de hallarse su enemigo.

Con este pensamiento salió una mañana en dirección á la Alameda del Conde (1) en la cual había de incorporarse á otros hidalgos de viso que queria fuesen testigos del atropello meditado, para dirigirse desde allí al paseo donde estaba seguro de encontrarse con Sandoval. Iba mas galán y bizarro que nunca, escitando el primor y buen gusto de su traje la envidia y el despecho en los atildados mancebos que á su paso encontraba. Vestía jubon de terciopelo negro de Iprés, labrado con sutiles hebras de hilo de oro y acuchillado de raso azul; ferreruero de la misma tela y calzas blancas de seda valenciana con afollados hasta la rodilla; zapatos de igual estofa que el jubon, adornados de un grande y escarolado lazo; gorguera de encaje de Flandes, guantes de ámbar, gorra de Milan sombreada por airoso plumaje, y cruzada sobre el pecho una banda roja sosteniendo la bien templada tizona fabricada en Toledo que tan importante papel debía desempeñar dentro de pocas horas.

Con tan airoas galas atravesaba nuestro caballero la calle de las Postas, cuando un barrendero de los que á la sazón hacían la limpieza que se verificaba en la villa dos veces por semana, poco cuidadoso, ó mas bien impulsado por Aquel que todo lo dispone, le salpicó de lodo el vestido. Montado en cólera el elegante jóven y poco dueño de sí mismo, no tan pronto recibió la ofensa como sacudió una terrible bofetada al pobre jornalero que á poco da con él en tierra; el cual, bien lejos de enojarse ni apelar á los insultos y blasfemias propias en semejantes casos de la gente de mala ralea, arrojó la escoba y postrándose á los pies de Obregon le dijo con voz modesta y ademan humilde:

(1) Hoy calle de la Alameda.



—*Doy á vuestra merced las gracias por esta bofetada con que me ha honrado y castigado mi falta.*

Acudió presuroso el caballero á levantarle, asombrado de accion tan evangélica, ya depuesto el enojo y abochornado de su proceder.

—¿Quién eres, hombre, prorumpió que así me das lección de mansedumbre, á mí tan violento y dominado por las pasiones?

—Senor, respondió el braceró, soy un hermano vuestro que os ama y agradece haberle dado ocasion de imitar á Jesucristo.

—No, no, repuso Obregon vivamente conmovido, algun oculto poder obra en tí que me mueve á imitar tu ejemplo y renegar de mis anteriores escesos. ¡Dichoso yo si lo consiguiese!

—¿Y quién os impide la enmienda? continuó el barrendero, *pedid y se os dará*, dice el Evangelio.

—¡Ah, perdona mi arrebató! varon escelente, y concédeme la dicha de abrazarte. Hago voto solemne que tú serás mi ejemplo en adelante: ruega por mí y quédate á Dios.

Iba el rico señor á dejar su bolsa en manos del desvalido, pero luego pensó entre sí:

—Eso parecería una recompensa y bastante tesoro tiene quien posee un alma semejante.

Volvió á su casa don Bernardino con bien diferentes propósitos que habia salido de ella, y cerrado á solas con Dios y su conciencia; colocado entre tan justo juez y acusadora tan inflexible, deploró todos sus pasados desarreglos derramando abundantes lágrimas que abrieron su alma al arrepentimiento disponiéndole á la penitencia.

A poco tiempo de este suceso el elegante jóven, cubierto de un tosco sayal ceniciento, se dedicaba á la asistencia de los pobres enfermos del hospital de la Corte; el orgulloso capitán toleraba humildemente los desahogos de mal humor que arrancaban sus dolores á la clase mas ínfima de la sociedad; el pulcro caballero desempeñaba sin repugnancia cuantos oficios eran necesarios en alivio de las dolencias mas asquerosas; el opulento adinerado consumia su patrimonio en socorro de los desvalidos, y por último, el mancebo de veinte y ocho años, inteligente adorador de la belleza, contemplaba cara á cara cuantas horribles deformidades llevan consigo la multitud de males que desorganizan á la miserable humanidad.

Treinta años observó esta vida, desde el 1568, época de su conversion, hasta el 1598 que murió en el Señor lleno de merecimientos. En ellos fundó el hospital de Convalecientes y la Congregacion de hermanos Obregones, nombre que él mismo les puso, dedicada en el día al servicio de los hospitales. Yace enterrado en la capilla del General de Madrid, y la Iglesia le ha designado con el título de *venerable*.

Doña Aurora profesó en el convento de Trinitarias, espiando en el cilicio y la oracion los pasados devaneos. Cuando á través de las celosias de su celda oia al antiguo cómplice de liviandades recorrer la calle demandando en alta voz una limosna para los pobres enfermos, postrada ante la imagen de Nuestra Señora esclamaba de lo íntimo de su corazón: *Refugio de los pecadores, rogad por nosotros*.

DIONISIO CHAULIÉ.

## CATALOGO RAZONADO

DE LAS MUJERES ILUSTRES, NACIDAS EN LA PENÍNSULA IBERICA, BIEN SEAN ESPAÑOLAS Ó PORTUGUESAS, PARA QUE SIRVA DE COMPLEMENTO A LOS ARTÍCULOS ANTERIORES, SOBRE LA NOBLEZA Y SUBLIMES DOTES DEL BELLO SEXO.

(Conclusion.)

### I.

ISABEL, reina de Castilla y Leon, hija de don Juan II, rey de dichos reinos, y de doña Isabel, reina de Portugal, fué reconocida y coronada soberana y señora en Segovia el año de 1474, despues de la muerte de don Enrique, su hermano. Se enlazó en matrimonio con el Católico don Fernando, quinto de este nombre, y fué tan esforzada y prudente, que á su actividad, inteligencia y consejos, se debe la conquista de Granada contra la media luna. Naturalmente bondadosa, perdonaba sin manifestar debilidad de carácter, y en las circunstancias mas críticas y azarosas daba brillantes testimonios de una firmeza varonil muy superior á la de su sexo. Asistía en el campo, durante la guerra contra los agarenos, á sus generales, infundia valor en el ánimo de los soldados, y presenciaba la pelea. El rey don Fernando se atenia siempre á sus consejos, y el parecer de doña Isabel lo adoptaba como un mandato. El erudito padre Florez habla detenidamente de esta célebre heroína en su primer tomo de *Las Reinas Católicas*.

ISABEL CLARA EUGENIA DE AUSTRIA, hija de Felipe II y de doña Isabel de Borbon, su tercera esposa, nació en el año de 1566. Desde el primer día en que se vió aquel monarca gravemente enfermo, dispuso el casamiento de la hija con el archiduque Alberto, su sobrino. El enlace se efectuó en 6 de mayo del 1598, y el príncipe de Asturias cedió á su hermana los Países-Bajos en 15 ó 16 de agosto del mismo año. Entonces Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, comenzó á perturbar el júbilo y regocijo con que los flamencos reconocieron á estos príncipes por soberanos. Se opuso valerosamente el archiduque á los holandeses, y tomó Ostende, despues de haber sufrido penosos trabajos y una larga resistencia por parte de sus enemigos. En esta circunstancia no hubo peligro en que doña Isabel no acompañase al archiduque su esposo; y el historiador *Meteren* nos ha dejado escrito, que la princesa española acometió repetidas veces á los enemigos con fusil en mano. Fué tanto su prestigio, que sus soldados, obedientes á sus órdenes y salvando todos los riesgos, animados por su voz, arrojaron repetidas veces con denuedo, y derrotaron á las tropas holandesas.

ISABEL CORREA manifestó mucha elevacion de ingénio en la obra que compuso en castellano, titulada: *El Pastor Fido*.

ISABEL DIAZ fué una de las heroínas que mas se distinguieron en el cerco de Diu, que conocen ya los lectores por haber hablado con alguna detencion, en el artículo anterior, de esta plaza fuerte, que poseian los portugueses en el Asia.

ISABEL FERNANDEZ contribuyó tambien á la defensa de



Diu, ya suministrando armas á los soldados, ya proporcionándoles alimentos sanos y abundantes.

ISABEL MADEYRA dió testimonios de gran valor en el cerco de aquella misma plaza.

ISABEL DE JOYA fué muy versada en las doctrinas eclesiásticas, y se dice que predicó en una iglesia de Barcelona con universal aplauso y admiración.

ISABEL DE RIVADENEIRA, dama de la condesa de Galves, fué muy celebrada en toda España por la elevación de su número poético, como lo refiere doña María de Zayas en sus novelas.

ISABEL DE ROSALES fué muy ejercitada en la doctrina del sutil Scott, y sostuvo en Roma certámenes públicos con admiración y aplauso de los prelados y doctos varones mas eminentes. Esta ilustre mujer floreció en 1500.

ISABEL VAZ sentó plaza de soldado en la frontera de Tánger, y dió repetidas veces pruebas de gran valor en defensa de aquella plaza. Cayó víctima del hierro enemigo en marzo del año de 1647, reinando Felipe II, y despues de haber dejado bien vengada su muerte.

### J.

JUANA BAUTISTA, natural de Valladolid, fué muy docta en la Sagrada Escritura, como lo ponen de manifesto los dos libros siguientes, que escribió:

*De la Oración.*

*De los tres enemigos del alma.*

JUANA CONTRERAS, natural de Segovia, fué muy versada en la lengua latina, como lo demuestran las cartas que dirigió á Lucio Marineo Sículo, y las cuales se hallan en el libro XIV de las epístolas de este célebre gramático.

JUANA INES DE LA CRUZ, religiosa de la orden de San Gerónimo, en Méjico, fué de sublime entendimiento y erudición, y escribió las obras siguientes:

*Pieira impugnado*, un tomo en 8.º

*Obras poéticas*. Madrid, 1690, dos tomos en 4.º

*Fama y obras póstumas*. Madrid, 1700, un tomo en 4.º

JUANA MEXESES, nació en 13 de setiembre de 1651, fué de grande y sutil genio, y muy ejercitada en las lenguas francesa é italiana, y en la poesía, segun lo manifesta en las obras siguientes, que compuso:

*Despertador del alma y sueño de la vida*, en trescientas octavas castellanas, que se imprimieron anónimas.

*Traducción del francés al portugués del libro las reflexiones sobre la misericordia de Dios*, compuesto por la madre Luisa de la Misericordia.

*Vida de San Agustín con reflexiones.*

*Triunfo de las mujeres.*

*Discursos académicos y problemas.*

*Cartas familiares en lengua portuguesa.*

*Poema de Andrómeda y Perseo.*

Comedia titulada: *Divino imperio del amor.*

Otra: *Desden de razon vencido. Contienda del amor divino y humano; primera y segunda parte*, en forma de autos sacramentales.

*Seis loas y romances*, en castellano.

*Varios versos* en portugués.

*Versos franceses é italianos, y traducciones de las mismas lenguas*; todas estas obras comprenden ocho volúmenes.

SEGUNDA SERIE.—1864.

JULIANA DE CIBO, natural de San Estéban del Puerto, se disfrazó de hombre, para buscar á su esposo, que se había ausentado por haber hecho una muerte. Despues de muchas diligencias sentó plaza de soldado y sirvió en la guerra de Granada contra los moros: se portó con tanto valor, que habiéndose descubierto su sexo, el rey don Fernando el Católico, en atención á sus servicios, la señaló una renta vitalicia.

JULIANA MURELL, natural de Barcelona, despues de haber sido educada en el convento de religiosas de Santo Domingo de la misma ciudad, dejó la clausura para dedicarse al estudio de las lenguas, y fueron tantos sus adelantos en poco tiempo, que contaba doce años de edad, cuando ya hablaba, además de su lengua nativa, la castellana, la francesa, italiana, latina, griega y hebrea. Juliana se aplicó tambien al estudio de las ciencias, y luego se trasladó con su padre á Leon de Francia.

En esta ciudad aprendió con perfección la lógica, la física y la filosofía; sostuvo tesis y resolvió cuestiones muy áridas en presencia de príncipes seculares, eclesiásticos, doctores y religiosos; los cuales, viendo repetir y responder á la actora con gracia y prontitud, se admiraban por el sexo, por los pocos años y por su saber. Unos alabando al padre, encareciendo otros las prendas de la hija, afirmaban todos sinceramente, sin que pareciese lisonja, que no podia darse cosa mas rara y peregrina.

Continuó Juliana sus estudios, y profundizó la metafísica; luego se aplicó á la jurisprudencia y salió en el trascurso de pocos años muy ejercitada en el derecho civil. Queriendo su padre graduarla en leyes, encontró algunos obstáculos en sus pretensiones, porque Juliana no tenia mas que catorce años de edad. Pero, lejos de desistir de su propósito, pasó á Aviñon, llevado de sus deseos, y de la esperanza de lograrlos con menos dificultad. Divulgada la noticia en esta última ciudad de lo que acababa de pasar, unos á otros se convidaban para ver á nuestra ilustre mujer.

Se fijó el dia para un certámen literario en el palacio del gobernador, en donde se reunieron los maestros y doctores mas eminentes y afamados, y muchas otras personas de las mas elevadas gerarquías. Al exámen, que fué muy riguroso, siguió el voto de los doctores, que fué muy favorable á Juliana, y se la confirió el grado de doctora en leyes. Pero, renunciando por último á todas las pompas muy vanas del mundo, vistió el hábito de Santo Domingo. Salieron de su pluma muy ejercitada, estas obras:

*La forma del exámen, que se ha de hacer á las novicias, y advertencias particulares de este acto*, traducción del francés.

*La regla de San Agustín*, traducida tambien del francés.

*Retiro para los diez dias de ejercicio, dividido en tres partes: la primera, de la eternidad y del amor de Dios para con los hombres, la segunda y tercera, de la eternidad feliz é infeliz.*

*Comentario sobre el tratado de la vida espiritual de San Vicente Ferrer*: obra muy erudita, y extractada de los Santos Padres y doctores místicos.

Escribió tambien nuestra Juliana muchos libros de devoción, y algunos himnos sagrados en loor de Nuestra Señora del Rosario.

AÑO XXII. 20